
Lucy

LUNA DE MIEL EN VENEZIA - TORMENTO EN DÚPLEX DE LA VILLA OLÍMPICA



—¿**Quién ha cambiado** a Lucy de lugar?

Nadie contestaba. Entonces, Tomás tomó a Lucy delicadamente y lo devolvió a la repisa de la chimenea, lo puso en su lugar, en el centro, presidiendo el altar del salón con vistas al Mediterráneo; desde allí, en un edificio de blanco impoluto, con soberbias terrazas en cristal y aluminio, recién construido para personas de éxito, para almas que deben mirar al mar, sentirse triunfadores al despertar, y correr por las vacías playas de Barcelona para sentirse ganadores, repitió su pregunta:

—¿Lo has cambiado tú?

—No, yo no he sido. Bastante faena tengo como para andar cambiando a Lucy de la repisa de la chimenea a la mesita de la caja tonta —murmuró Irene.

—¡Pues no entiendo nada!

Sentados en el sofá enfrente de la chimenea, en ocasiones, cuando la pequeña María ya dormía en su cuna; Irene y Tomás se ponían tiernos, muy tiernos; y, era entonces cuando Lucy les hacía recordar su luna de miel. Había sido maravilloso, todo amor. ¡Un par de semanas en Venecia venerándose eternamente!

Adoptar a Lucy, fue algo inverosímil. Deambulando por Murano, sucedió algo extraordinario. Ocurrió en una de esas callejas anegada por un canal inmundo, con infectas aguas inmoviliza-

das que dejan ver repisas inaccesibles, convertidas en solaz espacio de descanso para enormes ratas. Justo en un recodo, una luz azulona que salía de un escondido portal, les llamó e invitó a adentrarse por el estrecho pasillo que conducía a una especie de taller de alfarero del vidrio. Un horno como ojo del infierno presidía un rincón tétrico, iluminado etéreamente por una espesa luz azulona. Al lado, un anciano de barba blanca, sentado en una banqueta casi a ras de suelo, rodeado de herramientas asombrosas: extrañas pinzas, tijeras curvadas, cánulas para soplar, pinzas y punzones, espátulas. Blandiendo unas tenazas de fuego que sujetaban una barrita de vidrio con su extremo al rojo vivo, trabajaba afanosamente en una figurita a punto de ser acabada. Toda la estancia estaba llena de estantes donde se agobiaban figuritas cristalinas y luminosas. Ninguna igual, todas diferentes. Colores, miles de colores de maravilloso vidrio. Todas guiñando la luz. Todas limpias como el nácar y resplandecientes como el diamante. Los ojos de Irene, encendidos por el fantástico encuentro, empujaron su lengua:

—Son gatitos. Sólo hay gatitos. ¡Ninguno igual!

—Hay miles de gatitos —exclamó Tomás.

El anciano se giró y mirándoles por encima de sus anteojos les dijo:

—A todo aquél que sabe encontrar este lugar, le regalo una figurita de cristalino vidrio, un delicado gatito. Como podéis ver por la gran cantidad que reposan en esas baldas, son muy pocos los que llegan hasta aquí. Sólo unas pocas personas de alma «limpia» encuentran mi morada. Mirad, hay miles de gatitos esperando ser cuidados por «almas impolutas»: como las vuestras.

Los ojos de Irene y Tomás se salían de sus órbitas por el ansia contenida en la exploración detallada del insólito lugar. Algo flotaba entre el bien y el mal en aquel espacio. Sus bocas respiraban silencio y mudas contenían el aliento. El anciano intervino de nuevo y con una sonrisa entre celestial y pérfida habló:

—Este gatito que estoy acabando es para vosotros. Me falta ponerle la cola. ¿De qué color queréis la cola?

Los dos contestaron a la vez, al unísono: rojo —dijo Tomás—, azul —dijo Irene—. Y ambos girando la cabeza se miraron con asombro.

—Mmm... Parece que esta pareja discrepa a menudo; no os preocupéis, Tomás verá la cola roja, e Irene la verá azul.

Todos los gatitos habían sido creados con una fina cánula de soplado: tomaba bolitas al rojo vivo del horno y las moldeaba con sus prodigiosas manos. Manejaba todo un diverso mundo de subterfugios que le ayudaban a dar forma, a crear, a parir lo que bailaba en su cerebro. Eran figuritas muy delicadas y hermosas, huecas, de paredes finísimas; más finas incluso que las de las bombillas incandescentes. Todas las formas y partes estaban vacías, huecas; la cabeza, las patitas, la colas, como burbujas de cristal transparente de miles de colores y luz, que inspiran miedo a quebrarse en cualquier momento. Finas orejas puntiagudas como copos de nieve cristalina en tornasol, bigotes a modo de finos hilos en caramelo brillante, patitas acabadas en unas diminutas garras que dejan adivinar uñas aceradas de lucifer para trepar, nariz en acolchado gris perla y rugosita como la piel de naranja para husmear. Y todo ello quebradizo, frágil, rompible, delicado, asustadizo y temeroso. Como en todo buen parto, nunca salieron dos gatitos iguales de sus manos, todos eran diferentes y afables.

El viejo, metió el gatito entre suaves virutitas en una pequeña caja de arlequinadas incrustaciones en diferentes maderas, de no más de ocho centímetros de lado, y se la entregó a Irene diciéndole con voz grave:

—¡Cuidad a Lucy y él os hará feliz!

Irene y Tomás sólo supieron decir gracias; algo en su interior les decía que debían partir en silencio. Anduvieron por las laberínticas callejas buscando una salida que les condujera a un punto conocido para orientarse, y retornar al embarcadero que les llevaría en *vaporetto* a Venecia. Por fin, adivinaron la

Vitriería Filli Tessaro y desde allí, la parte posterior del Palazzo da Mula y el gran canal de Murano, desde donde podrían finalmente orientarse hacia el embarcadero.

Lucy se movía por la casa, ellos lo sabían. No entendían cómo lo hacía. La pequeña María no podía ser, aún no andaba, y siempre estaba en su parque o en su cuna. Sólo estaban los tres en casa y ellos dos no eran. Frecuentemente desaparecía, aparecía, se esfumaba, asomaba, cambiaba de lugar. ¿Quién podría mover a Lucy de la repisa de la chimenea, a la estantería y de la estantería a quién sabe dónde?

Lo del color de su cola estaba asumido —el anciano les había instruido—: Cola azul para Irene y roja para Tomás, y cuando había visitas no se hablaba del color de la cola de Lucy. Sabían que se trataba de algo fantástico y no de ajado daltonismo. Además, cuando hacían el amor; en aquellas pocas ocasiones con repetición y final con fuegos artificiales, Tomás no sólo traía el desayuno y las flores al lecho de amor, sino que además, el cuerpo de Lucy de cristal transparente como el diamante puro, se tornaba en una suave y penetrante coloración rosa iridiscente que duraba días. Las pocas broncas que tenían, convertían a Lucy en un gato malo como lucifer y negro como el carbón.

Lucy es delicado como el fino cristal de Bohemia aunque no esté tallado a mano; sus bigotes son como finísimas fibras quebradizas de caramelo; sus ojos verdes parecen moverse en sus orbitas y su algodonoso hocico —gris perla— respira los efluvios que emanan del alma. Su cola es graciosa, juguetona, habilidosa para tomar formas extraordinarias. Se adivina que es escalador, acróbata, volantinero, gimnasta, funámbulo, contorsionista, saltimbanqui, equilibrista y payaso —sobre todo payaso—, pero nadie nunca lo ha visto cuando se mueve.

Lucy también es fiero, y negro como el carbón; con afiladas uñas que lo rasgan todo, con alma de Satán, sus ojos son también de un amarillo intenso que aterrorizan cuando te mira y

tiene sus bigotes erizados, sus aullidos cacofónicos retumban en las almas cándidas. Se adivina que es aterrador, temible, espeluznante, asesino, verdugo, y vengador —sobre todo vengador—, pero nadie sabe que además también tiene alma de leviatán.

Lucifer se paseaba por la librería del salón, se había convertido en un gato maldito; Irene se había acostado con su jefe, y Tomás permanecía autista a ello. Ninguna sospecha, sólo un frío glacial en sus relaciones. Algo estaba ocurriendo en el palacio del amor. Lucy, después de dos años, ya no era el mismo: el de mirada dulce y afable. Poco a poco fue cambiando, del rosa luminoso desprendiendo efluvios de ternura al gris plomizo de enfado satánico.

A Irene ya no le gustaba quedarse en casa sola, temía encontrarse con Lucy. El felino, en otro tiempo juguetón y payaso, se le aparecía en el lugar más inesperado de negro azabache, y con ojos de luz limón ambarino, mostraba sus colmillos a la vez que rebufaba emitiendo sonidos espectrales. Irene sabía que su *alma* empezaba a ser oscura; había hecho algo que le pesaba en las entrañas. Su pequeña María empezó a enfermar, poco a poco se consumía, los médicos no sabían encontrar la causa. Fiebre, vómitos, tristeza, oscuridad, silencio. La muerte acechaba.

Tomás no lo entendía; para él no había cambiado nada. Se sentaba en el sillón y permanecía reflexivo, su trabajo le absorbía demasiado. Hacía meses, desde que le nombraron director de zona, que no atendía ni a Irene ni a María. Ni Venecia ni Lucy estaban en su cabeza; ni tan sólo como recuerdo amable de la felicidad que había reinado en su casa, sólo entendía que María, su hija —como frecuentemente le tenía que recordar Irene—, estaba enferma y los médicos no sabían sanarla. Los días de fiesta, trabajaba en su ordenador, siempre deprisa, siempre al teléfono. Eso sí, ahora tenía un salario magnífico, más dinero, sólo pensaba en que todo ello le llevaría a cambiar a una mejor casa, a ser admirado por sus viejos correligionarios, a triunfar, al éxito, al éxito... Y todo ello lo deseaba con gran vehemencia

y ansia absoluta. Los pocos minutos que permanecía al lado de María —siempre enferma—, le provocaban sufrimiento intenso al ver como se iba marchitando su preciada flor.

Irene, en sus cortas cabezadas velando el sueño de María, veía sombras, notaba el aliento de Satán en su nuca; sentía terribles y extraños ronroneos traicioneros y hostiles, adentrándose por sus oídos buscando golpear sus tímpanos; notaba las uñas de Lucifer como afiladas hojas de afeitar, buscando sangrantes caricias en sus pechos, en los fructuosos pezones que amamantaban a María, y como se deslizaban por su vientre queriendo llegar hasta su pubis. La luz de ámbar asesino que desprendían los ojos del diablo que habitaba en Lucy se le clavaba en sus pupilas, y llegaba al fondo de su cerebro, penetrando en la zona donde habita el terror del misterio a lo desconocido. Ella, necesitaba creer que tan solo eran ensoñaciones y visiones fantasmagóricas debidas a su sufrimiento por María, pero sospechaba que Lucy y el obrador de Murano tenían mucho que ver en todo aquello que estaba ocurriendo. Tomás estaba ausente, obsesionado, enfermo, su trabajo lo significaba todo para él. Ella, sabía que ya no valía nada. Se había acostado con Jaume —su jefe: el arrogante y déspota—... ¡vaya tontería había cometido! —pensaba Irene. Aún no sabía explicarse a sí misma por qué lo había hecho, después de todo, en la cama había sido un mierda y fuera de ella, un desalmado.

Medio adormecida, después de una noche en vela, el amanecer la despertó; Tomás tampoco había dormido, era domingo triste con lluvia de mar y María respiraba tenuemente.

—¿Qué nos ha pasado? —mendiga la voz despedazada de Irene.

—No lo sé.

—Mi cabeza vuelve siempre a Murano. Aquel viejo era el diablo.

—Tonterías.

—Tenemos que volver y saber qué quiere de nosotros.

—Son tonterías, Irene. María se pondrá bien.

—El diablo vive entre nosotros, vaga por la casa en forma de felino de cristal.

—No digas estupideces.

—Voy a ir a Murano y buscaré al viejo. Lo encontraré aunque tenga que ir al fin del mundo. ¡La culpa es mía! Aquel día vendimos nuestra alma al diablo. ¿No recuerdas lo que nos dijo?

—No nos dijo nada, nos regaló un gato de cristal qué nosotros, sin serlo, convertimos en fantástico. Tanto amor y tanta felicidad es normal el primer año de casados, pero después la vida es otra cosa; es trabajar, es progresar, es triunfar.

—Sí, nos dijo algo. ¿No te das cuenta? Vendimos nuestra alma. ¿No lo ves? Él dijo: «¡Cuidad a Lucy y él os hará feliz!». ¿Lo hemos cuidado?

—¿Qué querías, darle arroz con leche y galletitas? —contestó ofensivamente Tomás.

—Nos dio a Lucy en pago por nuestras impolutas almas. ¿Siguen impolutas? ¿Qué hemos hecho? Lucy no come arroz con leche, bebe de nuestro amor. ¿Cuánto tiempo hace qué no hacemos el amor?

—¡Vaya, vaya!, ahora se trata de *follar*. Pues tú, ¿estarás bien servida con tu jefe, no? Ya he oído por ahí que anda detrás de ti... y que tú no le haces muchos ascos.

—No entiendes nada —dijo Irene entre sollozos... y se marchó a llorar sola... a velar la cuna.

Irene, vacía como la nada, de madrugada, después de andar meditando por las desiertas playas de Barcelona, desde Nova Icària hasta la Mar Bella, de ida y de vuelta perdida en sí misma, donde las olas le hablaban, le decían, le repetían, le coreaban pérfidamente: «el diablo te espera en Murano», tomó el primer avión y partió a Venecia. Sabía que todo esto era insólito, pero no tenía otra opción; sus ensoñaciones, su locura, su obsesión podían ser una realidad: *aquel viejo les había robado el alma y ella debía recuperarla*. Sabía que también había perdido a Tomás.

Había partido sin maleta, descorazonada. Llevaba horas errando por Murano y empezaba a anochecer. Giraba por un callejón y por otro, y repetía su trayecto como dando vueltas a ningún sitio. Siempre acababa en los alrededores de la Vitrería Filli Tessaro y pensaba: «Es absurdo, he recorrido todas las callejas, absolutamente todas y no encuentro ese maldito lugar». Las farolas tímidas y ciegas empezaban a dar una triste luz que no iluminaba nada, su reflejo en las sucias aguas hablaban de soledad y tristeza, de desamor, de locura, de miedo, de muerte. No sabía de su pequeña María, ni de su otrora amado Tomás a quien el éxito había cegado. En ese momento de desconcierto, vio brillar los ojos de una enorme rata iluminada por una extenuada bombilla colgada de una farola desamparada. Su corazón se aceleró, latía con fuerza inusitada, rápido, afanoso, sus muñecas notaban en la venas la fuerza del destino que emanaba de sus ganas de salvar a María. Sabía adivinar que allí había estado antes y que girando a la izquierda estaba el maldito «ojo del infierno», donde había nacido el lucifer que quería llevarse a su criatura. Al girar, vio como una luz negra salía de un portal que le era conocido. Estaba cerrado. Una robusta puerta con notables rendijas, que dejaban escapar una oscura radiación negra — *luz negra*— le impedía el paso. Irene aporreó la puerta gritando: «Abre, abre, maldito viejo, ¿por qué quieres llevarte a mi María?». Al poco, la puerta se desmoronó, cayó sobre uno de sus goznes, dejando paso a Irene. Ella tristemente avanzó. Lo primero que vio fue el «ojo del infierno», esta vez no emanaba de él la luz de la vida, era como una fuente de luminiscencia infernal; luz negra, que invadía el espacio de la caverna del maligno viejo. El anciano estaba sentado en un rincón, en un sillón de terciopelo rojo granate, con la cabeza apoyada en las manos y mirando al suelo; cabizbajo y triste. Sin alzar la cabeza ni mirar a Irene exclamó:

— ¿Qué habéis hecho malditos?

Irene lloraba, tenía los ojos hinchados y su voz estaba rota, no era capaz de emitir sonido alguno pero sus entrañas fuertes como el acero hablaron:

—Nos engañaste, nos robaste el alma. Eres el diablo, maldito seas.

—Era fácil, tan sólo teníais que hacer vivir el amor que emanaba de vuestro corazón. Mi pequeño *gatito* era el depósito para guardar vuestra *fe* en la fuerza del amor indestructible, pero le habéis traicionado.

—No necesitábamos tu maldito gato.

—Mi *gatito* os protegería a cambio de vuestro amor.

—¿Proteger de qué?

—Tomás estaba destinado a ser engullido por el éxito. Desde mucho antes de nuestro encuentro, incluso antes de que María fuera engendrada; tú y María estabais condenadas al abandono. Estaba escrito que Tomás os ignoraría. La misión de Lucy era protegeros, pero tus desatinos fueron fatales.

En un instante Irene cambió su faz; estaba confundida. Se sentó pensativa en un taburete justo al lado del «ojo del infierno», al tiempo, abrió su bolso y sacó la cajita oscura arlequinada con Lucy en su interior, apretó sus manos hasta que el dolor la turbó; y sujetó con fuerza inaudita aquel ataúd de muerte.

Entonces se giró y vio a Tomás. Él estaba allí, la había seguido, estaba detrás suyo y apoyaba sus manos en sus hombros blandiendo caricias abandonadas alrededor de sus marchitos cabellos. Irene entendió el mensaje.

Tenía en sus manos la cajita con Lucy, la acercó al «ojo del infierno», alzó su mirada al infinito, suspiró entrecortadamente y pensó «Mi María lo es todo» y entonces, en un acto sublime y liberador, lanzó al diabólico gato para que fuera engullido por el fuego de las entrañas del bien y del mal.

Girándose mayestáticamente, encontró los ojos de Tomás y vio como las lágrimas corrían por el duro rostro de un hombre llamado al éxito como pago de abandono de los suyos.

